

Las Siete Ciudades de Cíbola forman parte del complejo de mitos y leyendas que concurrieron al descubrimiento de América. Su origen fue una leyenda del siglo octavo, época en que el Poniente era, como en el antiguo Egipto y Grecia, fue la tierra que recopiló todos los improbables dioses, cuando no los infiernos o la isla de los bienaventurados. Tantos nudos que al paso de los siglos tejieron la esperanza y la fantasía del Poniente, tuvieron que congregarse abruptamente en el descubrimiento del Orbe Nuevo. Clama el coro de la tragedia *Medea* de Séneca: "En edades tardías venir han unos siglos en que el Océano relajará las cadenas del mundo y se abrirá una tierra inmensa; Tetis revelará un nuevo mundo y Tule ya no será la postrera de las tierras."<sup>1</sup> Recuerda (una vez más las apócrifas relaciones con el cristianismo) el versículo de Apocalipsis que en la Reforma se interpretó relacionándolo con América, el mundo nuevo: "Y la tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca, y sorbió el río."<sup>2</sup>

Marco Polo y la erudición clásica de los prodigios permitieron hablar de ciudades de oro, de piedras preciosas, de campos fértiles y desconocidos. Las tierras del Preste Juan, las antípodas, recorren ese tiempo. La Edad Media fue pródiga en fantasías que influyeron en el Renacimiento sobre cartógrafos, humanistas, navegantes, religiosos. Todo señala esa esperanza mítica de la América que después detentaron los españoles. Alfonso Reyes comenta esta historia de presagios del nuevo mundo en *Ultima Tule*: "América, solicitada ya por todos los rumbos, comienza antes de ser un hecho comprobado, a ser un presentimiento a la vez científico y poético"<sup>3</sup> En *Il Morgante*, el humanista Luigi Pulci hace decir al demonio Astarotte que en la otra parte del mundo, en el otro hemisferio, existe otra tierra habitada y extensa, que busca recorriendo los mares hasta entonces aún innavegables y terribles. En la carta náutica de Becaria, en el siglo XV, al sudoeste de Irlanda aparece la isla de "Brasil", y una "Antillia" que daría nombre a las numerosas islas antillanas. Todavía en el siglo XVIII de Guignes presumió que el relato que hiciera el sacerdote budista Ma-Twan-Lin en 499 de una tierra prodigiosa y llena de oro, Fu-Sang, era México. No es raro, pues, que América permitiera sueños como los de la Atlántida, el Paraíso Terrenal que estuvo a punto de encontrar Colón, la Fuente de la Juventud en la funesta Florida, El Dorado más pródigo que el ámbito de Midas, la isla de las Amazonas, y en el norte de nuestro país, al norte abierto de los estados de Sonora y Chihuahua las no menos prodigiosas tierras de oro y turquesas, las simbólicas Siete Ciudades de Cíbola y Quivira, donde se come en platos de oro, donde se cubren las paredes de las casas con varias láminas de oro, y turquesas arrancadas de las peñas adornan los cuerpos de todos sus habitantes. Esto era la aventura; no la escueta posibilidad de un riesgo o lo desconocido, sino la aventura de hallar esas riquezas, o la desventura de no poderlas encontrar o no sobrevivir a su hallazgo.

Casi con la fuerza que el símbolo posee, el oro fue el móvil de la aventura española, desde los soldados hasta los capitanes y gobernadores. La manera concreta de señalar la importancia de las Nuevas Tierras fue el oro y no siempre la numerosa cantidad de gente para cristianizar. Colón busca el camino a Catay y cree que los indígenas —que se esfuerza por ver ejemplares y dignos— llaman a Cipango "Civao".<sup>4</sup> En vano quiere hacer coincidir su ruta con la del oro, siempre prometiendo riquezas a los reyes. Envía hombres a buscar las minas y la especiería.<sup>5</sup> Ansioso por dar noticias más ciertas a los Reyes, descubre los nombres preciosos: "Aquel mancebo dijo que a cuatro jornadas había una isla al Leste que se llamaba Guariobex, y otras que se llamaban Mocorix, Mayonic, Fuma, Cibao y Coroay, en las cuales había infinito oro".<sup>6</sup> El domingo 6 de enero oye que "detrás de la isla Juana, de la parte del sur, hay otra isla grande, en que hay mayor cantidad de oro que en ésta, en tanto grado que cogían los pedazos mayores que habas, y en la isla la Española se cogían los pedazos de oro de las minas como granos de trigo".<sup>7</sup> Al este había una isla sólo habitada por mujeres que era la más rica en oro, en *tuob*, según llamaban los indígenas al oro, y dice que había infinito. Pero hacia el final de su viaje lo que cree encontrar es el camino al fin de Oriente, donde está el Paraíso Terrenal, y escribe que ya navega en las aguas que provienen de los ríos del Paraíso. Afirma que la verdadera forma del planeta es la de una pera, y en la elevación del mundo que forma como un pezón de mujer, en el ecuador, se encuentra el Paraíso Terrenal. Pero el oro sigue quedando más al poniente, y durante el cuarto viaje es Ciguare el país del infinito oro.<sup>8</sup> Al final de esa relación halla nada menos que la tierra áurea legendaria; las minas de Salomón y las de Veragua son las mismas, aunque él no terminó el camino para recoger la riqueza.<sup>9</sup> Después Syllacio relataría efusivamente la expedición de Ojeda y Gorbolán a su Civao en busca de oro.<sup>10</sup>

Cortés, para asegurar su poder de conquista ante los reyes, pone buen cuidado de enviar con sus relaciones un irrefutable "rescate" de oro, perlas, mantas, etcétera. La riqueza y las ciudades lo asombran. La profecía, lo maravilloso de las ideas sobre su divinidad, no sorprende a Cortés, y parece aceptar ese mundo prodigioso. Cuando la vejez y las intrigas lo acosan, resentido por el desapego del rey y el crecimiento sedentario y pacífico del virreinato de la Nueva España, Cortés busca como último recurso conquistar nuevamente otra tierra. Navega por el noroeste, envía expediciones de reconocimiento a California, región confusamente asimilada a la isla de las Amazonas por Montalvo.

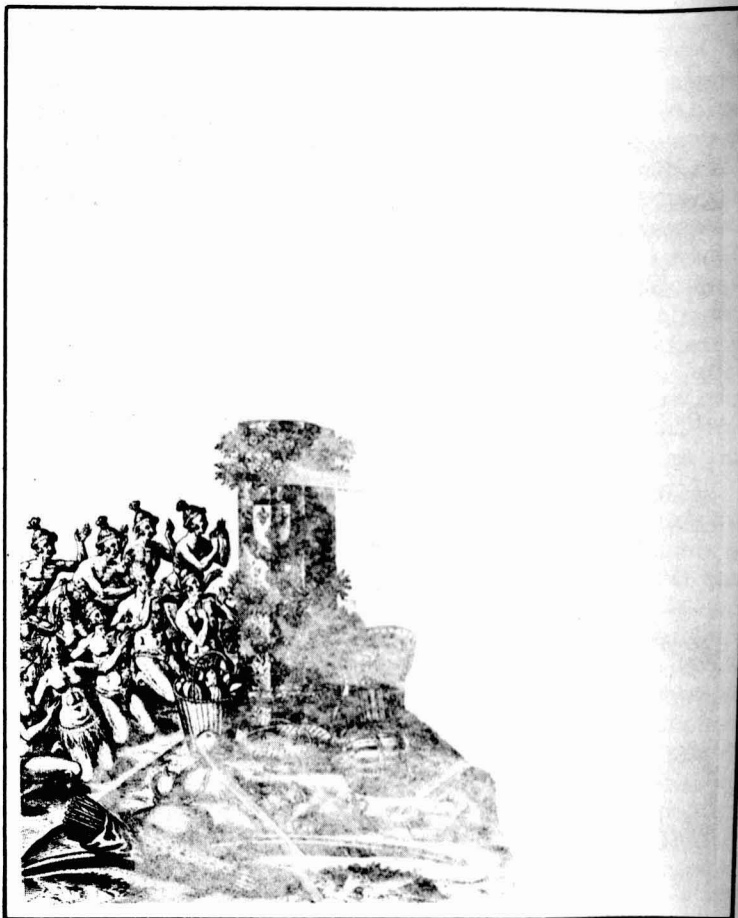
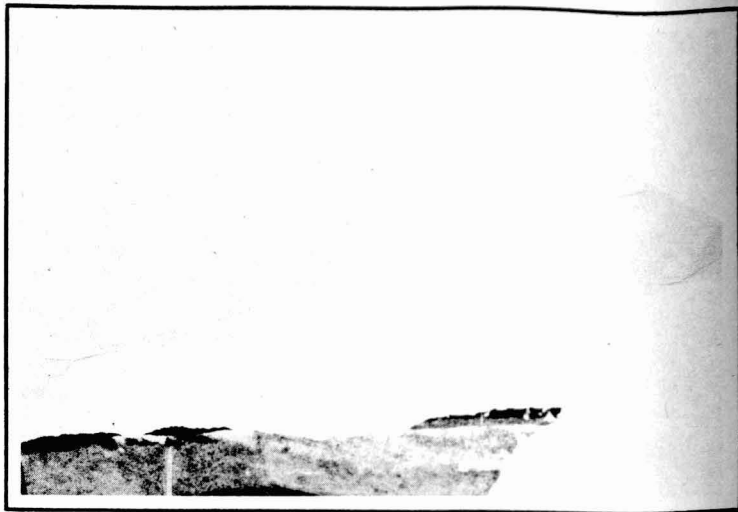
Para ese momento, en el virreinato de Mendoza, el norte de Nueva España está sin explorar y sin colonizar. Expediciones por mar se habían hecho a la "isla" de California y a la feroz Florida. Al naufragio de una expedición a esta última, la de Pinzón, se debe que por primera vez los españoles penetraran en los territo-

rios del norte, donde recibirían las noticias de Cíbola y de Quivira que encendieron la codicia por esas fronteras de oro y turquesas. Cuatro naufragos atravesaron desde Florida los territorios de Texas, de Chihuahua, de Sonora, y llegaron a Sinaloa, Nueva Galicia, y de ahí a la capital de la Nueva España. A partir de ese lastimoso comienzo, sucesivas expediciones asaeteadas por la ambición hicieron posible, sin embargo, la colonización de las provincias de Nueva Viscaya, y los estados aún hoy un poco alejados del tráfigo central del país, los extremos del norte.

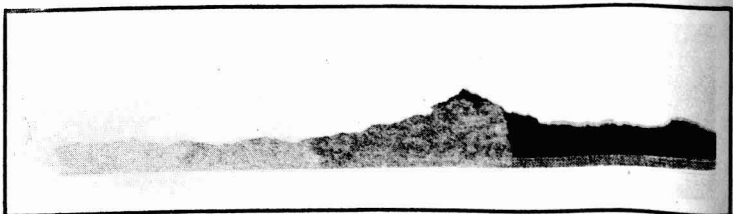
Los sobrevivientes del naufragio fueron Dorantes, Maldonado, un negro africano, de ascendencia árabe, esclavo de Dorantes, llamado Estebanico y por ellos sólo *el negro*, y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que escribe la relación del viaje. Atraviesan pantanos, sufren enfermedades, hambre; las tribus que encuentran son de distintos hábitos y distintas lenguas, y a veces son tomados prisioneros, o considerados brujos, hechiceros, médicos respetados y amados por los indios, hasta llegar a las avanzadas del gobernador de Nueva Galicia, en el actual estado de Sinaloa. Esta proeza fue posible por el negro Estebanico; se encargó siempre de informarse de los caminos, las tribus, las lenguas, y también de crear la fama y renombre de médicos y hechiceros poderosos a los españoles que guiaba hacia Nueva España. Aprendió ocho lenguas en el trayecto, y su fortaleza árabe se echó a cuestras la fatiga de los españoles por aquellas tierras desconocidas. En su relación, se escapa a Alvar Núñez lo siguiente: "El negro les hablaba siempre [a los indios]; se informaba de los caminos que queríamos ir y los pueblos que había y de las cosas que queríamos saber."<sup>11</sup>

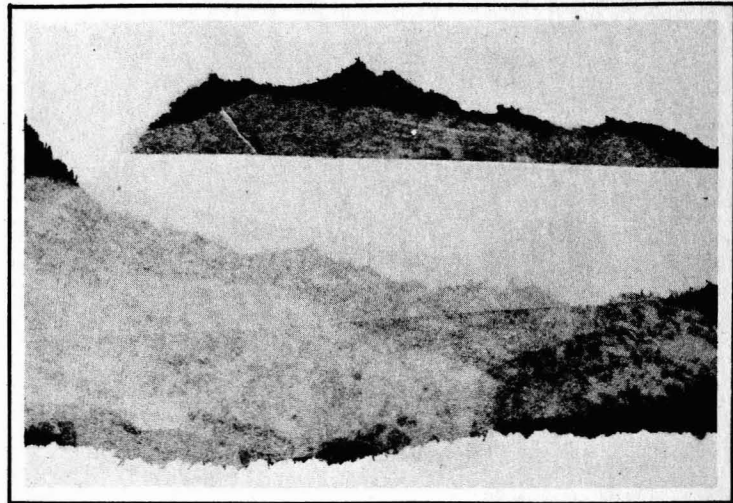
En los caminos del maíz, cerca de Paquimé, el actual Casas Grandes del estado de Chihuahua, tuvieron noticias de un lugar de riquezas: "Dábannos también... muchas turquesas muy buenas que tienen hacia el norte; y finalmente dieron aquí todo cuanto tenían, y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y bailes; y pareciendome a mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habían habido, y dijeron que las traían de unas sierras muy altas que están hacia el norte, y las compraban a trueco de penachos y plumas y decían que había allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes."<sup>12</sup> Más adelante escribe: "Por toda esta tierra donde alcanzan sierras vimos grandes muestras de oro y antimonio, hierro, cobre, y otros metales... y los que por aquella tierra habitan... ningún caso hacen del oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello."<sup>13</sup>

Alvar Núñez y Dorantes planearon regresar a aquellas tierras. Alvar Núñez va a España para gestionar la gobernación, pero posteriormente es enviado a explorar el extremo del continente, la cuenca del Plata. Sin embargo, la relación influyó sobre Hernando de Soto, en su expedición a la Florida, y por un momento llegó a apalabrarse con Alvar Núñez Cabeza de Vaca para emprender la



expedición juntos. El Fidalgo de Elvas indica que la expedición la sucitó la relación de Cabeza de Vaca. El y Dorantes dicen: "Tenían jurado no descubrir algunas cosas de lo que habían visto, porque alguien no se adelantase a pedir las y dábales a entender que era la más rica tierra que en el mundo había. Don Hernando de Soto lo quisiera llevar consigo y le hacía favorables proposiciones, y estando concertados, porque Soto no le dio el dinero que le pedía para comprar un navío, se desavinieron."<sup>14</sup> No olvidará Hernando de Soto esas tierras; cuando comienzan a flaquear los hombres de su expedición y escasean los víveres y pertrechos, disponiéndose a invernar en Autianque resuelve hacer el verano siguiente dos bergantines y mandar uno a Nueva España para que diese nuevas de él y otro a Cuba, "esperando de la hacienda que tenía en Cuba volverse a rehacer y tornar y acometer y descubrir más adelante, para Poniente, que aun nunca había llegado donde Cabeza de Vaca anduvo".<sup>15</sup>





El negro Estebanico había quedado en Nueva España con Dorantes. En 1537 (había pasado escasamente un año de la relación de los sobrevivientes del naufragio), el franciscano fray Juan de Olmedo o de la Asunción, llevando consigo a Estebanico como guía, emprende el viaje para explorar aquellas tierras de que habían informado vagamente Cabeza de Vaca y sus compañeros. Llega hasta los límites del actual estado de Arizona y Nuevo México, a Casa Grande, a la altura del paralelo 33. Relata su expedición a fray Marcos de Niza, a la sazón recién llegado de un país no menos prodigioso y no menos rico: Perú.

Siete ciudades eran el asiento de la gran civilización de Cíbola, “más grande que la ciudad de México”, diría después fray Marcos, de edificios altos, de telas tejidas finamente, y poseedoras de oro en abundancia y turquesas. Esta leyenda vino a ser el renuevo de la aventura antigua del prodigio y la riqueza para aventureros y religiosos no menos audaces. El símbolo de siete ciudades era atrayente para los frailes. ¿No eran, acaso, siete cartas dirigidas a siete iglesias de Asia en el libro del Apocalipsis?<sup>16</sup> ¿No eran, acaso, siete los espíritus de Dios en el trono, siete estrellas y siete flamas de la lámpara del trono donde se hallaba Cristo al hablar con Juan en la isla de Patmos?<sup>17</sup> Además, se recordó —y se creyó confirmada— la leyenda de siete obispos que milagrosamente lograron huir de los árabes en el siglo VIII y que fundaron Siete Ciudades en un país del entonces improbable Poniente.

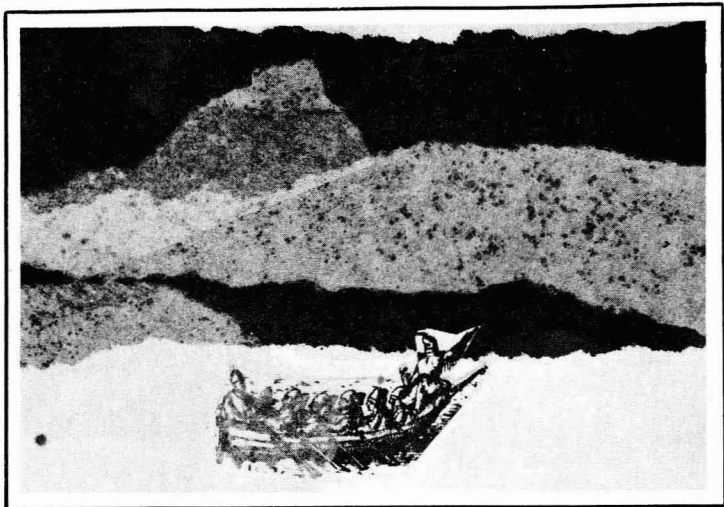
Fray Marcos de Niza convenció al virrey Mendoza para autorizar una expedición a esos lugares. Con las maravillas que oyó en Perú y luego las que oyó de fray Juan de Olmedo apenas llegado a Nueva España, se creyó el indicado para encontrar el país deseable que refirieran Cabeza de Vaca y fray Juan de Olmedo, y que Estebanico —por ser el guía e intérprete principal desde el naufragio— sabría más fundadamente. Fray Marcos de Niza acompañado de fray Honorato y de varios indios, con Estebanico nuevamente de guía, nuevamente esclavizado a españoles, monjes o laicos, sale a principios de 1538 de Tonalá, se detiene en Nueva Galicia y hasta 1539 sale de Culiacán. Esta expedición de fray Marcos da el esplendor increíble a las Siete Ciudades de Cíbola. Cosas extrañas sucedieron en esa ocasión con Estebanico, con fray Marcos y con las Siete Ciudades. El corazón de fray Marcos es el corazón de la leyenda de Cíbola.

Avanzan desde Tonalá por el lado de la costa. Salen de Culiacán hasta el mes de marzo de 1539. Muchos días y tiempo tiene fray Marcos para reunir y confrontar impresiones de Cabeza de Vaca, de Dorantes, de fray Juan de Olmedo e indudablemente las reflexiones de Estebanico; acaso fray Marcos no tenía prejuicio sobre ese negro árabe, esclavo de Dorantes, del virrey Mendoza, luego de fray Juan de Olmedo y ahora de él, de fray Marcos. Era el único sobreviviente del naufragio que no recibió honores ni acogidas bondadosas; a pesar de haber salvado a los españoles de

esas tierras se le mantuvo esclavo. La capacidad, la inteligencia de Estebanico no escaparon a las reflexiones de fray Marcos. El mismo cansancio de Estebanico por ser mantenido en esclavitud, y por seguir en ella si no sucedía algo, si no se detenía la fiebre de las Siete Ciudades a las que siempre sería guía por orden de todos. A la altura del paralelo 30, después de lo que será con el tiempo Hermosillo, en Huepac, repentinamente Estebanico se separa de la expedición con unos cuantos indios y fray Marcos se queda rezagado. Llegan mensajeros de Estebanico hablando de las noticias de las Siete Ciudades de Cíbola, confirmando leyendas, riquezas, peñas de turquesas, minas de oro, ciudades grandes. Otro día llegan indios tatuados que afirman haber trabajado en Cíbola y haber recibido como pago turquesas, oro y cueros de vaca (los bisontes, los *cíbolos*). En abril, cuando sale de Huepac, otros mensajeros de Estebanico —que ya está muy cerca de Cíbola— le comunican los nombres de las Siete Ciudades: Marata, Totonteac, Acapa, Acus... Había ordenado a Estebanico que dejara cruces clavadas en la tierra como señal reconocible del camino que llevara; con ese rastro que a veces hallaba cada tres días fray Marcos avanzaba sobre las huellas de Estebanico. Un día, después de llanuras desérticas, llega a una ciudad donde todos traen collares de turquesas, al mismo pueblo en que Dorantes recibiera los incontables corazones de venado por cuya causa lo llamaron San Jerónimo de los Corazones.<sup>18</sup> En el valle de Sonora, próximo a entrar en el desierto de Cananea, recibe fray Marcos a un habitante de Cíbola que le habla de la disposición de las ciudades y le confirma sus riquezas. Le lleva un cuero de vaca, de bisonte, que por primera vez contempla azorado fray Marcos.

Su itinerario es difícil y asciende casi en línea recta por el meridiano 110 desde el paralelo 30 hasta el 35, atravesando Sonora, Arizona y parte de Nuevo México, en el valle del Colorado, y dobla luego hacia la región de los indios zuñi, cerca del meridiano 108.<sup>19</sup>

Fray Marcos iba encontrando en el desierto cruces, huellas y restos de fogatas de Estebanico y sus acompañantes; pero a pocas jornadas de Cíbola recibe sorpresivamente la noticia de la muerte de Estebanico. A las puertas de Cíbola, Estebanico envió un calabazo con presentes al rey de la ciudad para saludarlo y así poder entrar. El gobernador de Cíbola en lugar de aceptarlo destruyó el calabazo y prohibió que entraran en la ciudad. Estebanico no hizo caso de las amenazas, y como siguió avanzando el gobernador mandó apresarlos y encerrarlos en una de las casas. Al anochecer lograron huir pero pronto fueron alcanzados y asesinados, salvo dos hombres que fingiéndose muertos entre los demás cadáveres regresaron después con fray Marcos. El fraile lloró por Estebanico y dudó en regresar o avanzar dadas las noticias, pero pensó que sería lástima, estando tan cerca, no arriesgarse para mirar la ciudad con sus ojos y dar relación fiel de



ese reino. Siguió, pues, “hasta la vista de Cíbola, la cual está asentada en un llano, a la falda de un cerro redondo. Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto; son las casas por la manera que los indios me dijeron, todas de piedra con sus sobrados y azoteas, a lo que me pareció desde un cerro que me puse a verla. La población es mayor que la ciudad de México; algunas veces fui tentado de irme a ella. . . pero si yo moría, no se podría haber razón de esta tierra, que a mi ver es la mayor y mejor de todas las descubiertas. Diciendo cuán bien me parecía Cíbola, me dijeron que era la menor de las siete ciudades, y que Totonteac es mucho mayor y mejor. . .”, “y djome que Cíbola es una ciudad en que hay mucha gente y calles y plazas, y que en algunas partes de la ciudad hay unas casas muy grandes, que tienen a diez sobrados, y que en éstas se juntan los principales ciertos días del año; dicen que las casas son de piedra y de cal, y que las portadas y delanteras de las casas principales son de turquesas”.<sup>20</sup> Fray Marcos llega a México en septiembre de 1539 y ratifica su relación ante el virrey Mendoza, el oidor Ceynos y Vázquez de Coronado, a la sazón el gobernador de Nueva Galicia. Se enciende de inmediato la pasión por explorar esas tierras. Pero detengámonos un poco y veamos este fabuloso complejo de indicios.

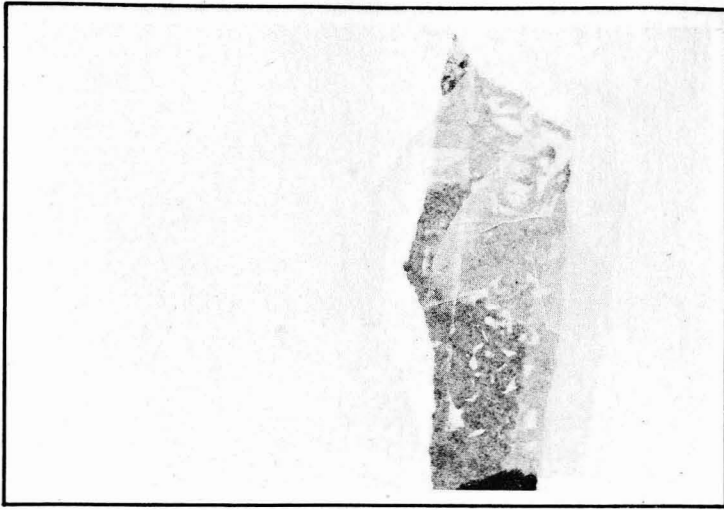
Es increíble que una expedición se desprenda tan decididamente de su guía en la frontera de las avanzadas españolas y quede a merced de mensajeros. Resulta también increíble que en el desierto alguien pueda encontrar cruces levantadas y no digamos ya restos de fogatas. Más asombroso que las siete ciudades es el camino a través del desierto con esas exiguas señales. Además, Estebanico, que conocía por tercera vez esos sitios, difícilmente hubiera permitido que una equivocación pusiera en peligro su vida. No es imposible que Estebanico, con anuencia de fray Marcos, en esos límites que ahora son el desierto de Cananea, haya obtenido su libertad. Pudo haber permitido a Estebanico huir para quedar entre las poblaciones del río Mayo. En una crónica sobre el estado de Chihuahua, Jordán señala esta posibilidad y cita el trabajo del doctor Sauer *The road to Cibola*, que ya la había apuntado según datos de “Puntos Sacados”, volumen 25, Misiones, del Archivo General de la Nación. La cita textual es así: “Estebanico llegado al Río de Mayo preciso de la belleza y hermosura de las indias Mayos, se escondió o quedó allí, casóse después con 4 o 5 mugeres al uso de la tierra, tuvo sucesión, y en el año de 22 vivía un hijo suyo; llamábase Aboray, muy mulato, adulto, alto, seco y mal encarado, fue capitán o casique de una parcialidad de Tesio, pueblo de aquel río. Algo de esto insinúa Ruiz y dice que este negro avía quedado atrás.”<sup>21</sup> Aunque entre los más serios trabajos se toma como fidedigna su muerte a manos de los зуñи, entre tantos prodigios uno de los más verosímiles puede ser el de la libertad de Estebanico.

Una gran expedición comenzó a prepararse en la Nueva España para conquistar las ciudades de Cíbola. Cundió la inquietud en gobernadores, soldados, capitanes e incluso indios de algunos estados como fue el de Michoacán. De esa inquietud escribe Zumárraga a su sobrino: “Fray Marcos ha descubierto otra muy mayor tierra y cuatrocientas leguas allende de donde está Nuño de Guzmán, cerca de la isla donde estuvo el Marqués, y mucha gente está movida para ir. El Marqués pretende que le pertenecía la conquista, y el Visorrey lo toma para el Emperador y quiere enviar frailes delante sin armas, y que la conquista sea cristiana y apostólica, y no carnicería.”<sup>22</sup> Así que Cíbola produjo un sobresalto en el viejo Hernán Cortés, que quiso salir a esa tierra, y entre Cortés y el virrey Antonio de Mendoza surgieron celos de conquistador y de autoridad.

En efecto, el virrey Mendoza quiso ponerse al frente de la expedición, pero tuvo que desistir por la obligación de su trabajo en la capital de Nueva España. Nombró capitán de la expedición a Francisco Vázquez de Coronado. Este había llegado a los veinticinco años de edad a México con el virrey Mendoza en 1535. Para 1538 era ya regidor de la ciudad de México y en agosto de ese año gobernador de la provincia de Nueva Galicia, a los veintiocho años de edad. Recibe el nombramiento oficial de la expedición en enero de 1540. El cuerpo de la expedición se congrega en Compostela, por febrero de ese año. Fray Marcos de Niza era el guía de la expedición. Iba también fray Juan de Padilla. El virrey, habiendo desistido ya de encabezar la expedición, los acompaña sin embargo dos días a caballo.

En Chiametla los indios estaban levantados en armas. Cuando los sometieron llegó Melchor Díaz, enviado por el virrey al norte para confirmar la relación de fray Marcos. Afirmó que todo lo dicho por éste era falso, y causó un desánimo en los expedicionarios. Siguiéron hasta Culiacán, y ahí Vázquez de Coronado se separó con una avanzada de ochenta soldados. Llegaron cerca del Mocerito actual y después del río Sinaloa arribaron al Fuerte. Movidos por los relatos de fray Marcos buscaron la abertura del río Mayo y tuvieron otra desilusión con esos pueblos escasamente poblados. Luego llegaron a Corazones, penosamente: todos los magníficos caminos de que habló fray Marcos no aparecían en sitio alguno.

En el valle de Sonora alcanzan Huépac, después algunos poblados ópatas y al cabo de varios días llegaron fatigados a Chichilticalli, a la altura del paralelo 37, en el actual Arizona. Ahí envió Vázquez de Coronado un cuerpo de soldados al golfo de California para encontrarse con la expedición de Alarcón, que el virrey había mandado por mar como ayuda. Según Fray Marcos la costa distaba dos días de camino, mas resultó estar a quince días. Marcharon hacia el norte y llegaron hasta el actual río Colorado Chico, que ellos llamaron Bermejo, que torcía hacia el noreste, rumbo a



Cíbola, a los pueblos zuñi. Ahí fray Marcos afirmó haber recibido las noticias de la pérdida de Estebanico. A pocas leguas aguardaba Cíbola a los expedicionarios.

Cíbola estaba levantada en armas, con noticias ya de los españoles. Vázquez de Coronado envió a López de Cárdenas con algunos soldados para entablar relaciones pacíficas; un grupo de indios prometió amistad y al día siguiente traerles comida. Acamparon cerca del río Zuñi, despreocupados, y a la medianoche fueron atacados por los indios. Repelió López de Cárdenas el ataque y Vázquez de Coronado se le unió después con el resto de la avanzada en ese lugar, llamado El Mal Paso.

Pronto vieron a unos indios que vigilaban el movimiento de la expedición y que huyeron cuando fueron descubiertos. Al seguir a los indios repentinamente estuvieron frente a la ciudad donde éstos se guarecieron. Cíbola se abrió definitivamente ante ellos, ante su fatiga y valor, con su deseable presencia y realidad: era un pueblo

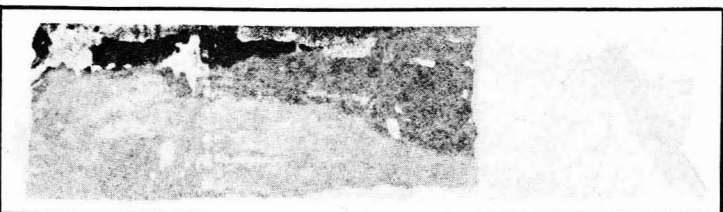
polvoriento y misérrimo, pequeño, desordenadamente levantado entre los cerros. Entraron con violencia en la ciudad. Nada de turquesas ni de oro; ninguna joya ni hermosura encontraron a su paso. Los nombres de las ciudades eran otros, no existía Marata, ni Ahacus (con aspiración, decía fray Marcos): los nombres eran unas confusas palabras de los zuñi. La ciudad donde se hallaban era Huaikuh. Fray Marcos tuvo que sufrir las maldiciones, furia y desprecio de los expedicionarios. La región es la que actualmente constituye la reservación de los indios zuñi, por la carretera de Albuquerque al Gran Cañón, en el territorio de Nuevo México. Pronto supieron que a cinco jornadas de Cíbola se hallaban otras Siete Ciudades. Enviaron a Pedro de Tovar hacia Tuzuyán; aquellas tierras que resultaron igualmente pobres, sin interés, que ahora son las de los indios hopi. Después enviaron otra expedición al oeste, en busca de los gigantes de que habían hablado relaciones anteriores. No hallaron rastro de gigantes pero descubrieron el Gran Cañón del Colorado.

A principios de agosto Vázquez de Coronado escribe al virrey Mendoza de los infortunios y desengaños de la expedición, de los pueblos y la captura de Cíbola, afirmando que no cesará en buscar algo útil y valioso para su Majestad. Envio esa correspondencia con Juan Gallego. Con éste partió también Melchor Díaz, que iría hasta Culiacán para reunirse con la otra parte de la expedición. Con ellos, por fin, emprendió su taciturno regreso fray Marcos de Niza, dejando para siempre las tierras de las Siete Ciudades de Cíbola que su corazón había encontrado meses atrás; vejado, despreciado, casi arrojado de la expedición para que su vida no peligrara entre los soldados de la avanzada. Llegó a la capital con Juan Gallego y moriría ahí sin familiares ni amigos ni protectores, como escribió a Zumárraga en 1546. Años después, el historiador de Cortés, Gómara, se mofaría de fray Marcos tildando de hablillas sus siete ciudades. "Las famosas siete ciudades de fray Marcos de Niza, que están en espacio de seis leguas, ternán obra de cuatro mil hombres. Las riquezas de su reino es no tener qué comer ni qué vestir. . ."<sup>23</sup>

Pero una aventura fantástica, por muy miserable que sea, tarda en morir. Faltaba aún la otra tierra gemela de Cíbola, Quivira.

Recordemos que Hernando de Alarcón había llegado en agosto al extremo del golfo de Baja California sin hallar rastros de la expedición a Cíbola. Llegado a la desembocadura del río Colorado, con dos bateles remontó la corriente del río y exploró dos veces de esa manera, llegando hasta Coano. Dos meses después, y luego de repartir aves de corral y semillas a los indios, regresó a la Nueva España.

Melchor Díaz, por su parte, había salido del valle de Sonora con varios españoles para buscarlo y recoger las provisiones. Atravesó pueblos de pimas, pápagos y finalmente yumas, muy arriba de la desembocadura del Colorado, donde había estado

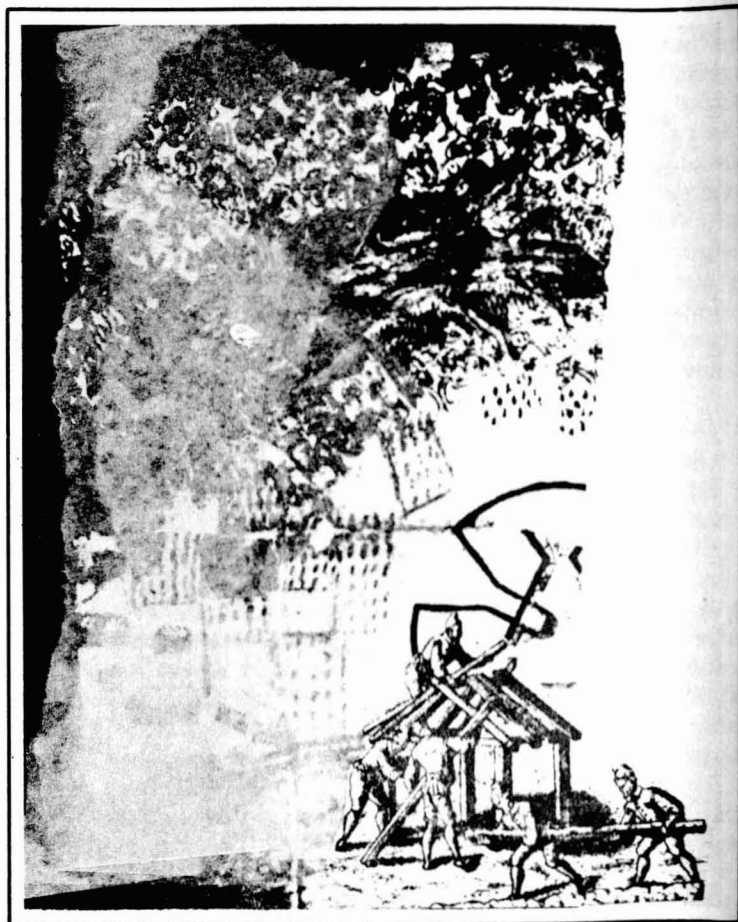
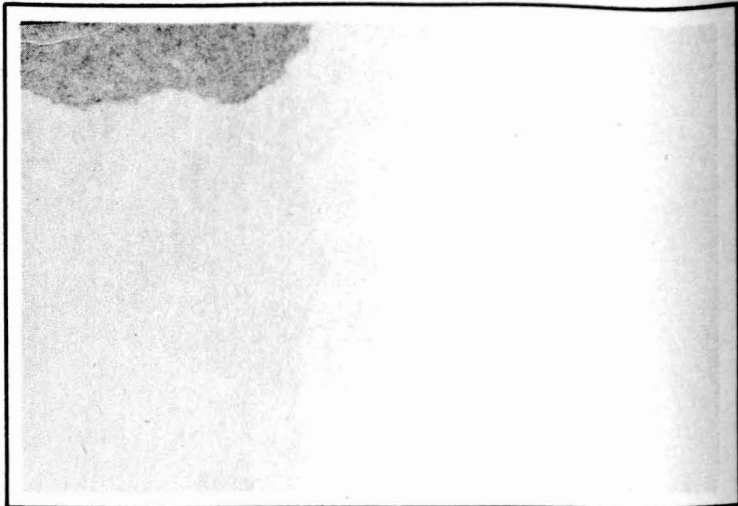


también Alarcón. Recibió de los indios noticias de éste y bajó a la desembocadura, y cerca de donde habían estado las naves encontró un mensaje de Alarcón donde informaba de su retorno a la Nueva España. Melchor Díaz volvió a la tierra de los yumas, habían planeado destruir a los españoles en cuanto llegaran, pero fueron vencidos. De vuelta en San Jerónimo de los Corazones muere en un accidente de caballo. Esos yumas eran los gigantes de que habían hablado relaciones anteriores: sobrepasaban la estatura de los españoles en varios palmos. Acaso fueran semejantes a la raza en actual proceso de extinción de los seris, que siempre han sido refractarios a la "civilización" y muy altos; aún en nuestros días son vigorosos y resistentes a muchas fatigas. Recorrían la costa del golfo de Baja California y hoy se refugian en la isla de Tiburón, donde se alimentan de tortugas.<sup>24</sup>

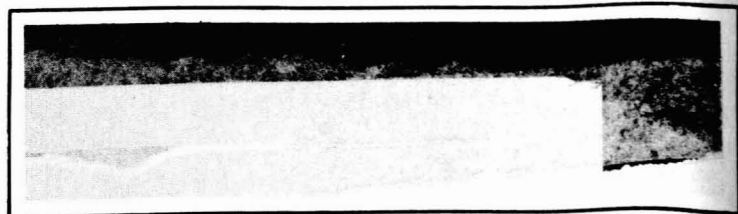
Mientras tanto, Vázquez de Coronado envió a Hernando de Alvarado a explorar la tierra de Acoma, uno de los pueblos que fray Marcos llamo Acus o Ahacus. Dos jefes de indios que habían ido a visitar a los expedicionarios se ofrecieron para guiarlos. Acoma era más grande y fuerte que Cíbola. Ahí los obsequiaron con pieles y comida. Varias leguas después Alvarado llegó al río Tigüex, el actual río Bravo, en Nuevo México, y exploró los pueblos circundantes. Luego envió los presentes de los indios a Vázquez de Coronado aconsejándole que trasladara su campamento a Tigüex, por ser "más grande y mejor" que aquel pueblo de Cíbola. A continuación marchó a Cicuique, de donde era uno de los guías que llevaba. Ahí conoció a un indio cautivo que apodó el Turco y quien mientras descendían por el río Pecos a las llanuras de los bisontes le habló de un reino que se encontraba hacia el noroeste, llamado Quivira, abundante en oro y plata, donde todo estaba adornado con esos metales. La pasión resurgió y la aventura volvió a encenderse como una explosión en el alma de Alvarado, que bajó a Tigüex rápidamente para decirlo a Vázquez de Coronado y convencerlo de que salieran en busca de ese reino.

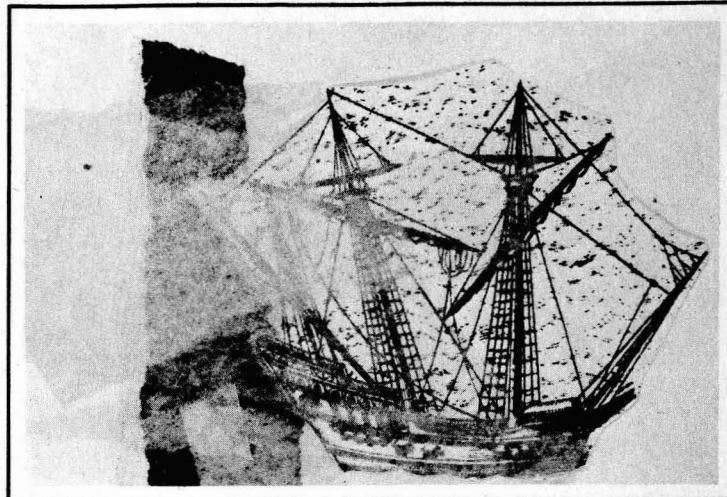
Se reunieron en Tigüex López de Cárdenas, de vuelta del Colorado, Alvarado y Vázquez de Coronado. La ambición por Quivira causó atrocidades en esa ocasión. Los mismos indios amigos fueron ultrajados con el fin de obtener informaciones sobre esas tierras. Como vieran los pueblos que arrojaban a sus caciques con los perros y sufrían robos, se levantaron en armas. El último enfrentamiento que hubo fue con el pueblo de Moho, que sitiaron los españoles durante el invierno. Meses después, cuando rompieron el cerco, entraron en un pueblo vacío.

En Tigüex se reunió el resto de la expedición que había quedado en Culiacán, con Arellano. En abril de 1541 salieron hacia Quivira. Las indicaciones del Turco resultaron falsas; el otro indio amigo advirtió a los españoles los engaños pero no le hicieron caso. Después de un enojoso rodeo ocasionado por las falsas indicaciones del Turco, y ya cuando él había confesado que había mentado, el



grueso del ejército regresó a Tigüex y Vázquez de Coronado se dirigió a Quivira con un cuerpo de treinta soldados, indios, provisiones y bestias, ya en el mes de junio. Atravesaron parte del noroeste de Nuevo México, Oklahoma, Texas y llegaron a Kansas por el río Quivira, que ellos llamaron río de San Pedro y San Pablo y que es conocido hoy como río Arkansas. A seis días de marcha llegan a la primera villa de Quivira. La población es de indios wichitas, pobre, sin oro ni plata, ni joyas, aun los caciques de piel oscura visten mal y sólo tienen como adornos plumas y pieles de bestias. Antes de regresar, nuevamente defraudados, descubren que el Turco intentaba levantar a los indios contra los españoles y, aprovechando esa falta lo matan en ese lugar para dejar definitivamente Quivira y sus reinos y retornar a Tigüex. En octubre de ese año escribió Vázquez de Coronado tanto al rey como al virrey un triste informe de desencantos y fatigas, quejándose de la falta de oro y turquesas que pudiesen aliviar la fatiga de





la expedición. Meses después, un accidente que sufrió al caer de un caballo que venía con él lo decide el retorno a Nueva España en abril de 1542. Los españoles y los indios regresaron cansados, defraudados, y Vázquez de Coronado retornó a su gobernatura de Nueva Galicia y al lado de su acaudalada esposa Beatriz, con la expedición estéril en sus espaldas.

De Vázquez de Coronado refiere abruptamente Bernal Díaz del Castillo: "Este Francisco Vázquez Coronado fue de allí a cierto tiempo por capitán a la conquista de Cibola, que en aquel tiempo llamaban las Siete Ciudades, y dejó en su lugar en la gobernación de Jalisco a un Cristóbal de Oñate, persona de calidad; y Francisco Vázquez era recién casado con una señora hija del tesorero Alonso de Estrada, y además de ser llena de virtudes era muy hermosa, y como fue a aquellas ciudades de Cibola, tuvo gana de volver a la Nueva España y a su mujer, y dijeron algunos soldados de los que fueron en su compañía que quiso remedar a Ulises, capitán griego, que se hizo loco cuando estaba sobre Troya por venir a gozar de su mujer Penélope; y así hizo Francisco Vázquez Coronado, que dejó la conquista que llevaba y le dio ramo de locura y se volvió a México a su mujer, y como se lo daban en cara de haberse vuelto de aquella manera, falleció de allí a pocos días."<sup>25</sup>

No regresaron con la expedición tres frailes, un portugués, Andrés Do Campo, y dos indios *donados* de fray Juan de Padilla. Fray Luis de Escalona quedó en Cicuque desde el regreso a Tigüex, y nada se supo de su fin. Fray Juan de Padilla llegó hasta Quivira con los dos indios y el portugués. Pronto fueron atacados y el fraile murió a manos de los indios. Una leyenda afirmaba que cada veinte años, hasta el siglo pasado, el ataúd en que lo enterraron misteriosamente brotaba a la superficie de la tierra, como una flor terca busca la luz, y el sacerdote encargado de la capilla la volvía a enterrar pacíficamente.<sup>26</sup> Do Campo, después de haber sido esclavo de los indios bastante tiempo, llegó en un papel de santo o hechicero hasta el Pánuco. Los dos indios donados, según el Padre Mendieta, después de vagar inútilmente, cansados ya, hicieron una cruz de troncos y llevándola a cuevas milagrosamente cesaron de extraviarse y llegaron a poco tiempo a Culiacán.<sup>27</sup>

Un hombre que iba como alférez en la expedición de Vázquez de Coronado, al regresar a la capital de la Nueva España, entró en la orden de Santo Domingo y profesó el 16 de diciembre de 1543. Se ordenó sacerdote en 1549 y fue enviado al convento de Oaxaca y después al de Tlacuechahuaya, donde viviría cincuenta años entregado a sus labores religiosas y al estudio. Fue nombrado procurador para Roma y España, y durante varios años fue provincial, mas su austeridad casi militar ocasionó que los monjes no toleraran su autoridad y después de varias reconvenciones se le suspendió el oficio. Su humildad y su austeridad le valieron que el virrey Enríquez quisiera que lo restituyeran, mas el fraile se negó a

ello y pasó sus últimos días en ese convento de Tlacuechahuaya preparando el magnífico *Arte y vocabularios zapotecos*. Se le conoce como fray Juan de Córdoba, y su obra es la piedra angular de esos estudios. Murió en 1595.<sup>28</sup>

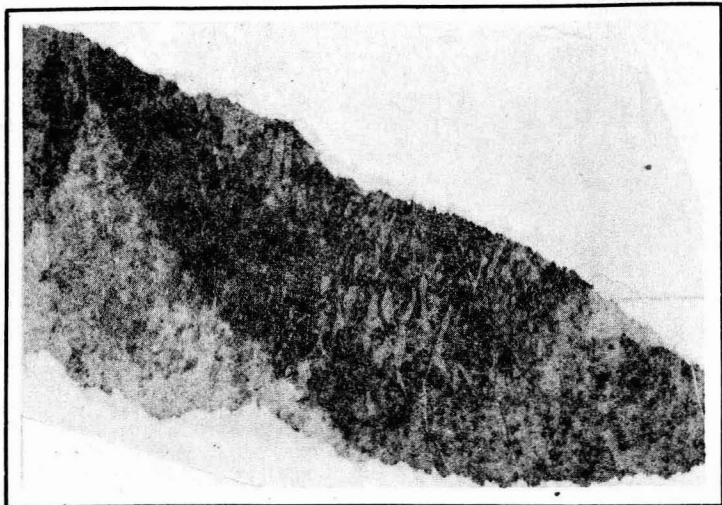
Fray Marcos de Niza no volvió a salir de México. A principios de 1546 escribe lastimeramente a Zumárraga quejándose de su abandono y su enfermedad, pidiéndole "que si por algunos meses me pudiere hacer limosna de un poco de vino, de lo que tengo tanta necesidad, por ser mi enfermedad falta de sangre y de calor natural, recibiré muy grandísima limosna",<sup>29</sup> y Zumárraga en carta de 27 de febrero de ese año le ofrece "que por los meses y años que yo viviere, mientras durare vuestra enfermedad y necesidad, cada mes una arroba de vino se os dará... de lo mejor que oviere".<sup>30</sup>

En 1776, Fray Francisco Garcés, en el punto séptimo de sus *Reflexiones a su Diario de exploraciones en Arizona y California*, recordaría a fray Marcos y la expedición de Vázquez de Coronado, señalando la veracidad de lo que ambos dijeron en cuanto a las jornadas y distancias de pueblos, caminos y ríos, pues todo lo que habían dicho era verdad.<sup>31</sup>

Después de esa expedición, ¿qué raíces o qué realidad cundió bajo el cansancio de la aventura de Cibola? Con este aspecto, el más significativo para nuestro tiempo y nuestros estados del norte, terminaremos estas notas.

En 1554, diez años después de la expedición, el sobrio virrey Velasco envía a un joven de dieciséis años, Francisco de Ibarra, a recorrer la Nueva Galicia buscando tierras para colonizar, abrir minas y preparar el camino hacia las tierras que Coronado recorrió "superficialmente". Se instala en la región de Zacatecas abriendo caminos hacia el Nazas y hacia el Guadiana, en Durango. Descubre y funda los reales de minas de Aviño, Sombrerete, Ranchos, Chalchihuites, Nombre de Dios. Para 1563, a los veinticuatro años, comienza a avanzar más allá de la región de Zacatecas y Durango, rebasando el Nazas, y abre las minas de Indé, en el extremo norte del actual estado de Durango, y avanza hacia Topia, buscando el camino de Vázquez de Coronado. Al año siguiente franquea las minas de Indé y se interna en las sierras con que empieza Chihuahua, alcanzando el río Conchos, agotado. En mayo regresa a Topia, y después arriba a San Juan el Fuerte. En mayo de 1565 parte a Cibola, ya en el camino de Vázquez de Coronado. Detrás de él habían quedado ya formados pueblos y minas en Zacatecas y Durango, las avanzadas en ese tiempo más septentrionales de Nueva España.

Pasa por los pueblos del Mayo, por Umaredas, atraviesa grupos de ópatas y luego remonta el curso del Yaqui. En Zahuaripa los indios jovas lo atacan. Huye penosamente y atraviesa la sierra hasta llegar al territorio del estado de Chihuahua. Entre los sumas que viven al sur del río Tigüex, a la altura de lo que hoy es Ciudad



Juárez y El Paso, son recibidos pacíficamente. En Paquimé, hoy Casas Grandes, con los restos de canales, edificios y orden de la cultura de los indios Pueblo, el cacique querecha indica que los habitantes de esa ciudad marcharon hacia el norte: Cíbola. Algunos soldados quieren marchar en su búsqueda, pero Ibarra se desentiende de ese país de turquesas y oro que menciona el cacique. Al regresar tratan de hacerlo cruzando la sierra más al sur, para no toparse con los jovas. Pero por donde logra cruzar los aguardaban ya los indios mebone. Nuevamente tienen que huir, mas pronto los yaqui los ayudan. El paso por la sierra de Chihuahua resulta impresionante; por un azar lograron sobrevivir. Ibarra no retornaría a esos lugares del norte. Muere en 1575, a los treinta y cinco años de edad, tuberculoso, quebrantado por la expedición de la sierra tarahumara. En las tierras de Nueva Vizcaya ocupó sus últimos años fortaleciendo sus dominios, las poblaciones que levantó, los centros mineros.

Rodrigo del Río acompañaba a Ibarra en la expedición al Conchos; atravesaron desde Durango las tierras del sur del estado de Chihuahua. En 1567 marcha en busca de esas sierras. Sale también de Durango, por Indé, y en territorio de Chihuahua recorre los cerros corrosivos buscando minas: en 1572 el sitio en que las encuentra se llama Santa Bárbara, que se torna la avanzada más septentrional para entonces de Nueva Vizcaya. Con la concurrencia de familias de mineros, y paulatinamente de agricultores, los límites conocidos fueron los del río Conchos. Existía un centro de agricultura en el río San Gregorio, hoy el reseco río Parral. Poco ganado y campos roturados se unían hasta el valle de San Bartolomé, el actual Valle de Allende, donde se encontraba una desolada misión franciscana y una endeble guarnición.

En uno de los frailes de esa misión, fray Agustín Rodríguez, perduraban aún los relatos sobre Cíbola y Quivira, el oro y la plata. El soldado Francisco Sánchez Chamuscado, influido por los relatos del fraile, también deseó ir en su búsqueda. Recibió del virrey permiso para atravesar los límites del Conchos. Con fray Agustín van dos frailes más. Sánchez Chamuscado dirige ocho soldados y diecinueve indios. Llevan noventa caballos, y acaso lo más importante es que con ellos atraviesan por vez primera el territorio de Chihuahua seiscientas cabezas de ganado mayor. Entraba el verano, y ellos se internaban en la sierra desértica del noreste de Chihuahua. Siguieron el río Parral, que alcanzaba al Florido y después al Conchos. Cuando el río se dirigió al norte franco, fueron al encuentro de los indios conchos. Luego conocieron a los pasaguates, y después a los otomacos. Los frailes iban considerando cada pueblo mejor que los anteriores. Las siembras de maíz, indicaron los indios, se debían a pueblos del norte que les regalaron semilla y les enseñaron a sembrarla. Después de la extensa zona desértica, llegaron con los jumanos, en el río Bravo. Ahí les hablaron de los pueblos del maíz y los tejidos que Cabeza de Vaca refiriera. Llegan

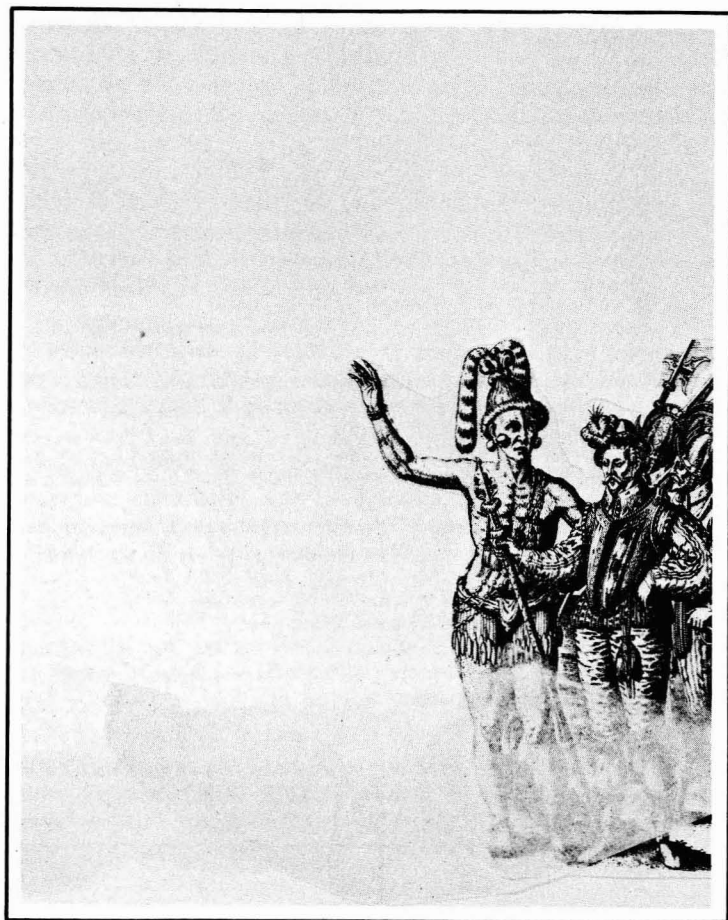
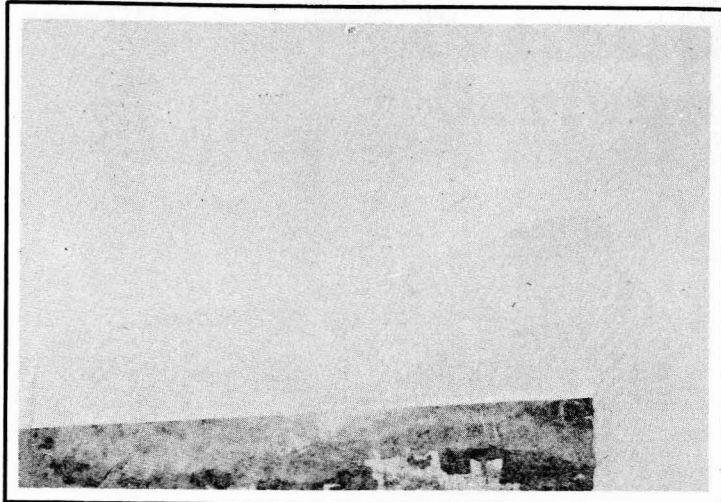
hasta Acoma y luego hasta los pueblos zuñi, en Nuevo México. Ahí quedan los frailes. Sánchez Chamuscado retorna cansado por el mismo camino y por una enfermedad muere a la altura del río Florido. El resto de la fragmentada expedición descansa de su fatiga en Santa Bárbara.

Ese año don Antonio de Espejo llega a Santa Bárbara huyendo por un asesinato que había cometido. Poco después emprende el camino de la expedición de Sánchez Chamuscado con quince españoles y ganado, sin permiso del virrey. Alcanza nuevamente el río Zuñi, la ciudad de Cíbola y retorna. Durante esta expedición varios pueblos de indios comenzaron a levantarse en armas.

Por último, muchas peripecias y sinsabores circundaron el nombramiento definitivo de Juan de Oñate para explorar Nuevo México, cuando aún el reino de oro y plata de las Siete Ciudades de Quivira incitaba las aventuras de muchos españoles y gobernadores de Nueva Vizcaya y Nueva Galicia. En septiembre de 1597 Oñate avanza nuevamente por el Nazas dirigiéndose a Nuevo México. Toma el camino más recto, en territorio de Chihuahua, el mismo que hoy sigue la carretera que atraviesa el Estado. Lleva consigo la expedición siete mil cabezas de ganado. Llegan a la laguna de Encinillas, luego siguen por el río del Carmen, ya en pleno invierno, hasta la congelada laguna de Patos, siempre en el actual Estado de Chihuahua. En primavera atraviesan el desierto de Samalayuca y en el mes de mayo llegan a lo que es hoy Ciudad Juárez y El Paso, para después alcanzar Quivira. En 1609 regresan por los mismos pasos de la expedición. Un juicio que dura cinco años destierra a Juan de Oñate de la capital de la Nueva España y lo condena a pagar una fuerte multa, abrupta, violentamente.

Poca ayuda del centro de Nueva España, poca defensa, mermaron gradualmente la población de Santa Bárbara. En 1630 quedaban doce familias, pero en ese año se descubrió la vastísima veta de plata que llamaron "La Negrita", hoy "La Prieta", alrededor de la cual creció impetuosamente San Juan de Parral, hoy Hidalgo del Parral, en Chihuahua, y que en nuestros días explota la Smelting & Co., arrancando a través del ferrocarril del estado miles de toneladas de mineral que pierde nuestro país. En 1633, entre Santa Bárbara y Parral, cerca del hoy reseco río de Parral, se encontró "La Veta Colorada", donde nació San Diego de Minas Nuevas, después Villa Escobedo, que en nuestros días es un mineral abandonado, un reseco e inmóvil pueblo fantasma desde que la compañía norteamericana cerró las minas en 1933, a raíz de la crisis económica de Estados Unidos en esos años.

Mulas que perdieron sus cascotes en los molinos de azogue, y negros, indios conchos, tarahumaras, tepehuanos, tobosos, apaches, fueron nutriendo el trabajo de las minas y asimismo dando lugar al auge de un mercado de esclavos en Parral, causa de posteriores rebeliones indígenas y de la aparición de sangrientos y valerosos jefes tarahumaras.



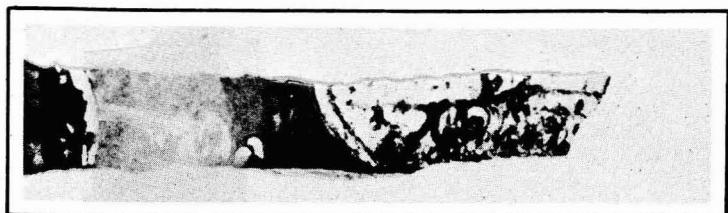
Guanaceví, Indé, Las Nieves, Santa Bárbara, Parral, Minas Nuevas, San Francisco del Oro, fueron, son hoy todavía, el núcleo vital e incansable de las minas del norte de Nueva Vizcaya. Fueron las avanzadas para colonizar y encontrar otras minas hasta la fundación de Santa Eulalia, hoy ciudad Chihuahua. Siempre buscando Nuevo México, siempre pensando en Cíbola y en Quivira, desde Ibarra, y desde las minas de Zacatecas hasta las de Chihuahua, el metal fue brotando en nuestro país, y no en aquellos reinos fantásticos, y fueron apareciendo los pueblos del norte, marcados con el afán del metal, el afán del minero, la lucha sangrienta y terca contra fantasías, indios, sierra, vetas.

Pensemos que, acaso como un contrapeso después de una complicada historia de ideas en el siglo XVI sobre la racionalidad o humanidad "deficiente" del indio, surgió la leyenda de un territorio no sojuzgado aún, con una civilización superior colmada de oro. Quizás el español de aquel tiempo sin darse cuenta cabal

desease el hallazgo de un sustituto del refinamiento, esplendor y prodigio de Catay que un siglo antes había querido encontrar. Mentalmente, espiritualmente, el español necesitaba aún otro territorio, algo más mítico y grandioso, que uniera la riqueza del oro con el esplendor de una gran civilización, antes que, sin darse cuenta, se hincara en esas tierras, en una lenta metamorfosis en que la tierra norteña de Nueva Vizcaya hiciera un hombre colonizador, en guerra contra el desierto y la *frontera del mito*, el sino de la historia de los estados del norte. Ese abandono a la leyenda, esa frontera infranqueable (aún hoy infranqueable, pues ya es Estados Unidos) ese abandono del español defraudado y desconcertado, de pronto hincado ahí, arraigado en los Reales de Minas de Indé, o de Santa Bárbara, o de Parral, o de San Felipe, fue también abandonado por el centro de Nueva España, perdido en la lucha tenaz de una frontera difícil, con sus problemas propios de luchas indígenas y colonización, que ocasionaba el abandono de aquellos territorios que O'Connor creyó ya insalvables en 1776 por las dilatadas extensiones semidesérticas sin poblar, sin presidios ni guarniciones (y que con Santa Anna se perdieron, y que Lerdo de Tejada creyó una protección cuando rechazó la propuesta extranjera de un ferrocarril central). Quedó lo natural, lo concreto, despojado de la ropa de mito; quedó el país, la tierra, las minas de Nueva Vizcaya. De la ilusión de encontrar "otro México", tan rico o más que el de Moctezuma, quedó también el nombre de Nuevo México, que no respondía a la realidad física, sino a la de la esperanza.

En el paso a Cíbola, en el paso de Ibarra, de Oñate, fueron apareciendo los Reales de Minas desde Zacatecas y Durango hasta Chihuahua; fueron apareciendo pueblos mineros, ciudades marcadas con la vida y fuerza de mineros, con la explotación de indios por parte de los españoles y ahora de mexicanos por parte de los norteamericanos. Aquellas tierras de Cíbola y Quivira fueron inalcanzables: la primera vez que se estuvo en esos territorios fue, es significativo, por un naufragio, por equivocación, bajo el sino del hambre y con el peligro de la muerte. Pero el mismo camino, el mismo paso hacia ellas, desde Nueva España, nos dio, queriendo llegar a esos confines, la realidad que nos queda: los territorios del sur de Tigüex, las tierras del norte. Como ese mito a que alude Borges, en que las aves después de buscar a Simurg a través de abismos, uno de los cuales se llama *Vértigo* y el último *Aniquilación*, se ven a sí mismas y comprenden que todas ellas y cada una de ellas son Simurg, así Cíbola y Quivira se fueron tornando el camino, su búsqueda misma, y la estela de su paso fue la fundación de esos asentos del norte. Esto fue lo que se pudo poseer; lo otro era inalcanzable.

La fundación de una ciudad, entonces, como en Eneas, según indica Bonifaz Nuño en su estudio sobre la *Eneida*, supone quizás un símbolo previo o una esperanza previa, que se hace conciencia



de pronto, fuera de la conciencia o la voluntad (porque buscan la frontera más allá, infatigables). Sólo quedó en el hombre del norte el afán de minero, la esperanza de la veta, buscar y aguardar el metal como si su destino aún lo llamase. Nombre curioso el de Cíbola, tan semejante a Cibeles, la diosa de la alimentación. Ganado, minas, llanuras en ocasiones sedientas y en otras pródigas de los estados de Durango, Sonora y Chihuahua, nos quedó de esa conquista.

#### NOTAS

- 1 Séneca: *Medea*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 991.
- 2 *Apocalipsis* 12: 16.
- 3 Alfonso Reyes: *Ultima Tule*, en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, t. XI, p. 29.
- 4 Cristóbal Colón: *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, p. 106.
- 5 *Ibid.*, p. 113.
- 6 *Ibid.*, p. 114.
- 7 *Ibid.*, p. 122.
- 8 *Ibid.*, p. 191.
- 9 *Ibid.*, p. 201.
- 10 Edmundo O'Gorman: *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 112-3, n. 37.
- 11 Alvar Núñez Cabeza de Vaca: *Naufragios y comentarios*, Madrid, Espasa-Calpe, 1957, p. 93.
- 12 *Ibid.*, p. 92.
- 13 *Ibid.*, p. 97.

14 Fidalgo de Elvas: *Expedición de Hernando de Soto a Florida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965, p. 38.

15 *Ibid.*, p. 116.

16 *Apocalipsis* 2 y 3.

17 *Apocalipsis* 1: 16, 20.

18 Cabeza de Vaca: *Naufragios* p. 94.

19 Véase el útil *Atlas mexicano de la conquista*, de Jesús Amaya Topete, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, especialmente los mapas 21 y 22.

20 Fray Marcos de Niza, en Luis Nicolau d'Olwer: *Cronistas de la conquista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, pp. 317, 314.

21 Fernando Jordán: *Crónica de un país bárbaro*, México, Ediciones de la Asociación Mexicana de Periodistas, 1956, pp. 440-1.

22 Joaquín García Icazbalceta: *Don fray Juan de Zumárraga*, México, Porrúa, 1947, t. III, p. 186.

23 Francisco López de Gómara: *Historia general de las Indias*, citado por Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México, SEP, 1972, (Sepsetentas), p. 179.

24 María Elena Galaviz de Capdeville: "Rebeliones de seris y pimas en el siglo xviii. Características y situación", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1966, vol. I, p. 208.

25 Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Editorial Pedro Robredo, 1944, t. III, pp. 168-9.

26 Alfonso Trueba: *Las siete ciudades. Expedición de Francisco Vázquez de Coronado en Figuras y Episodios de la Historia de México*, año III, núm. 27, Editorial Campeador, México, 1955, p. 69.

27 *Ibid.*, pp. 69-70.

28 Joaquín García Icazbalceta: *Bibliografía mexicana del siglo xvi*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 293-4.

29 Icazbalceta: *Zumárraga*, pp. 264-5.

30 *Ibid.*, p. 265.

31 Fray Francisco Garcés: *Diario de exploraciones en Arizona y California en los años de 1775 y 1776*, México, UNAM, 1968, p. 98.

